

Palabras del P. José Juan Del Col, sdb, en el acto de presentación del libro “Treinta y tres reflexiones pastorales” del P. Benito Angel Santecchia (18 de mayo de 2007)

Buenas tardes. El Instituto Superior Juan XXIII aprecia y agradece su presencia en este acto de homenaje al P. Benito Angel Santecchia, en que se va a presentar el libro “Treinta y tres reflexiones pastorales” que son otras tantas “catequesis teológicas para nuestro tiempo” escritas por él y aparecidas primeramente en sendos artículos del *Boletín Salesiano* entre 1992 y 1997.

Yo no me voy a referir al libro, a su contenido y a sus valores, de gran actualidad todavía. Solo observo que se trata de una coedición del “Centro de Estudios Salesiano de Buenos Aires” (CESBA) y de nuestro Instituto. La idea de la coedición se debe al Lic. Oscar Campana, director de la revista *Proyecto* y de la colección *Estudios Proyecto* de dicho Centro, a quien le doy las gracias por haber venido a acompañarnos en el presente acto. El Instituto hizo suya esa idea sin la menor vacilación. Fue un gesto de gratitud hacia un verdadero pionero y visionario con respecto al destino del Instituto.

Y me limitaré ahora a señalar algo de la relación del P. Benito con nuestro Instituto. Estuvo aquí entre abril de 1967 y marzo de 1975 como docente y animador pastoral, y en el ciclo lectivo 1973 también como rector en remplazo del primer rector y fundador del Instituto, el inolvidable P. Osvaldo Francella.

He aquí algunos de los rasgos que lo caracterizaron durante su presencia y actuación en el Instituto:

- Se cultivaba constantemente en sus especialidades, no obstante una esmerada preparación remota (como licenciado en teología, diplomado en catequesis y pastoral, doctor en teología).
- Es las clases (de Teología, de Antropología Filosófica, de Historia de la Religión, de Psicología Religiosa) sabía captar y mantener la atención y el interés de los alumnos.
- No era un mero repetidor de enfoques y autores, sino que los proponía con agudo espíritu crítico. Y así enseñaba a pensar, analizar y juzgar. Se me ocurre compararlo con Vittorino da Feltre (1378-1446), “el mayor pedagogo italiano de la época del Renacimiento” (Ruiz Amado, citado por E. Fernández Clemente en Gran Enciclopedia Rialp, t. IX, s. v. Feltre, Vittorino da), quien repetía: “Quiero que mi alumnos aprendan a pensar y a hablar, lo uno y lo otro conscientemente” (ib.).
- En sus exposiciones, Benito era incisivo, pero no impositivo. Por cierto, debido a su prestancia académica, a su estilo fluido y chispeante, a su don de enganche con la mentalidad moderna y juvenil, ejercía una verdadera fascinación sobre los alumnos.
- En clase y sobre todo fuera de clase era como compañero, como amigo: compañero y amigo sincero, alegre, chistoso, exuberante, pero esquivo de actitudes demagógicas o simplemente paternalistas.
- Sintonizaba con el mundo juvenil, pero sin transacciones para una “captatio benevolentiae”, sino apuntando a una seria formación en valores humanos y cristianos.
- Su pasión profunda era la verdad, especialmente la verdad cristiana, centrada en Cristo Liberador; un Cristo concebido como perenne fuente de la verdad liberadora y perenne modelo de humanidad íntegra, plena, y a la vez divinamente elevada.

A esto respondieron igualmente los cursos sistemáticos de formación teológica, organizados y dictados por él en ámbito extracurricular, a los que concurrían numerosos exalumnos, profesionales y en general personas interesadas de nuestro medio.

- En última instancia, la pasión por Cristo era también lo que lo inspiraba en la atención espiritual de alumnos y otros jóvenes, en forma individual o grupal.

Añado ahora alguna referencia a su desempeño como rector del Instituto en 1973.

- Aceptó el cargo para suplir al P. Francella, afectado en su salud y necesitado de descanso. Ser rector del Instituto no había sido su ambición ni mucho menos. Al año vio con gusto que esa función la asumiera el P. Benjamín Stochetti.

- En el año de su rectorado, el P. Benito desplegó un notable dinamismo organizativo. Así, convocó reuniones y asambleas de alumnos y profesores por departamento. De esto se encuentra una amplia documentación en el archivo del Instituto. Y como colofón redactó él mismo una declaración de principios y objetivos del Instituto, que se publicaría por Pascua de 1974 y que aún hoy es un documento señero.

Dejo de lado varios otros datos relativos a Benito como rector, como docente y como animador pastoral. Solo aludo a que Benito, dada su fuerte personalidad, fue también blanco de controversias y cuestionamientos, que en marzo de 1975, a raíz del asesinato del P. Carlos Dórñak, vice rector del Instituto, determinaron su alejamiento del Instituto, de la ciudad y del país, en resguardo de su propia vida. Fue indecible el dolor que experimentó por ello, pero supo sobrellevarlo con entereza, valentía y fortaleza.

Aun lejos físicamente, el P. Benito se sentía tan unido y casi diría identificado con el Instituto, como la atestiguan varias cartas suyas desde el destierro y luego, de regreso a la Argentina, las infaltables visitas que nos hacía cada vez que venía a Bahía Blanca para encontrarse con sus familiares y parientes. Visitas que resultaban siempre tan gratas e incluso festivas para cuantos lo conocíamos; festivas, digo, por sus ocurrencias, optimismo y alegría.

Desde el Centro de Estudios Salesiano de Buenos Aires, del que fue el “alma mater”, el P. Benito aspiraba a realizar proyectos en común con nuestro Instituto. Así, gracias a él, se encaró alguna coedición y estaba en vista alguna otra.

Hoy puede Benito, desde el Cielo, contemplar la coedición de los treinta y tres artículos suyos que en su momento eran leídos con fruición por los lectores del *Boletín Salesiano* y que en adelante, gracias al libro que los reúne, podrán ser leídos, también con fruición, por tantos otros lectores.

Y ojalá pueda concretarse otra iniciativa del Lic. Oscar Campana, o sea la publicación de otro volumen, pero sobre el P. Benito. El Instituto se sentiría nuevamente encantado con la coedición de un libro que, en línea con el propio lema “Verum effundere ad bonum” (Irradiar la verdad en orden al bien), perpetuaría la memoria de una de las más destacadas personalidades que el Señor le obsequió al Instituto y que vivenció intensamente el cultivo de la verdad para el bien, sobre todo de la juventud de nuestro Sur argentino.